

Estudio Lingüístico de Puerto Rico 129

admirable y tan p... cardinal Albornoz,  
fundador del fam... Bolonia, en Italia,  
que cuenta ya casi sea sig... existencia.  
Como intentos modernos de iniciativa española en este

# REVISTA

DE

## ESTUDIOS HISPÁNICOS

TOMO II ~ ABRIL-JUNIO, 1929 ~ NÚM. 2

---

### IMPRESIONES SOBRE EL ESTUDIO LINGÜÍSTICO DE PUERTO RICO <sup>1</sup>

LA Institución Cultural Española, cuya inauguración se celebra esta noche, es la sétima sociedad de esta clase que se organiza en América. La han precedido la de la Argentina, que fué la primera que se fundó en 1914, y las de Uruguay, Méjico, Cuba, Chile y Nueva York que sucesivamente se han ido estableciendo.

No se trata, como se ve, de una idea nueva a la cual haya habido que dar forma en Puerto Rico por vez primera, sino de una Institución cuya estructura y funcionamiento están ya definidos y probados por la experiencia en los demas países citados.

Aunque la Institución Cultural Española de Puerto Rico no se haya constituído públicamente hasta hace pocos días, puede decirse que en realidad venía existiendo y actuando desde que, en 1925, en una reunión de distinguidas personalidades celebrada en Madrid, don Rafael Fabían, movido por altos sentimientos de los cuales ha dado otros testimonios, anunció el propósito de extender a Puerto Rico esta Institución, ya fuese con la cooperación de otras personas o con su solo apoyo personal.

Es posible que algunos, no obstante lo dicho por la prensa en estos días, no tengan aún una idea clara de la misión que este sociedad se propone cumplir. Bastará decir, para que se comprenda el carácter de dicha misión,

<sup>1</sup> Conferencia leída en la inauguración de la Institución Cultural Española de Puerto Rico el 27 de abril de 1928.



que las actividades de la Cultural van a reducirse a ayudar a la Universidad de Puerto Rico en el sostenimiento de las enseñanzas de lengua y literatura españolas, a crear becas para estudiantes puertorriqueños que vayan a ampliar sus estudios en España, y a proteger, dentro del alcance de sus medios, todo esfuerzo que pueda contribuir al conocimiento de la cultura hispánica.

El hecho de que hayan sido españoles la mayor parte de las personas que han intervenido en la organización de esta sociedad no significa que la Institución vaya a tener un carácter principalmente peninsular. Por lo pronto entre los socios fundadores hay ya varios puertorriqueños y un puertorriqueño es asimismo el secretario de la sociedad. En Méjico y Cuba fueron los naturales de dichos países los que tomaron la parte más activa en la organización de sus respectivas Culturales.

La Cultural de Puerto Rico aspira a atraer la cooperación, no solo de puertorriqueños y españoles, sino de norteamericanos, suramericanos, y de toda persona que simpatice con la labor intelectual y docente que se trata de desarrollar.

Antes de que pueda pensarse que bajo el programa de estas sociedades haya oculta alguna intención distinta de la que se expresa, conviene recordar que no fueron españoles ni hispanoamericanos, sino extranjeros de diversos países, los que precediendo a las modernas Culturales y animados por el deseo de difundir y estimular el conocimiento de la civilización española, crearon entidades tan importantes como la Sociedad Hispánica de Nueva York, fundada por Mr. Huntington; el Instituto Iberoamericano de Hamburgo, en Alemania, fundado por el profesor Schädel, la Sociedad de Estudios Hispánicos de Londres, organizada por Allison Peers, y el Centro de Estudios Hispánicos de la Sorbona, en París, dirigido por el profesor Martinenche.

La realidad es que españoles e hispanoamericanos hemos puesto hasta ahora muy poco de nuestra parte para dar a conocer nuestra cultura por otros países, aunque entre nosotros se hubiese dado antiguamente un ejemplo tan

admirable y tan poco imitado como el del cardenal Albornoz, fundador del famoso Colegio Español de Bolonia, en Italia, que cuenta ya casi seis siglos de existencia.

Como intentos modernos de iniciativa española en este sentido pueden mencionarse la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, fundada por la Junta para ampliación de estudios de Madrid, y el Instituto de las Españas en los Estados Unidos, en cuya organización ha intervenido especialmente, representando a esa misma Junta, el profesor don Federico de Onís.

Mientras de una parte han ido apareciendo por diversos países estas sociedades hispánicas, de otra se han ido organizando dentro de España y especialmente en Madrid, entidades análogas respecto a la cultura de otros pueblos, entre ellas el Instituto Francés, la Sociedad Hispano-inglesa y el Centro de Intercambio intelectual Germano-español.

Por estos y otros conductos España venía manteniendo con varios países extranjeros, y especialmente con los Estados Unidos, relaciones intelectuales más estrechas que con los países hispanoamericanos. Las Culturales Españolas de América y los Centros Hispanoamericanos de España aspiran a mejorar esta situación, dándose cuenta de que si hay pueblos que deban vivir unidos por lazos de mutua comprensión son sobretodo estos a quienes la historia ha dado una misma tradición y un mismo idioma.

Para que dichos Centros y Culturales puedan cumplir su cometido se necesita de una parte la cooperación de todas aquellas personas que se sientan movidas por la satisfacción de ayudar a una labor que nunca debiera haber estado descuidada, y de otra parte el trabajo profesional de quienes por sus conocimientos y preparación son los llamados a dar un contenido sólido y eficaz a la actividad de estas Instituciones.

La experiencia ha demostrado que es inútil querer mantener relaciones de este género con exaltaciones sentimentales. Las Culturales Españolas solo han podido empezar a existir cuando el renacimiento científico de España, basado en rigurosos estudios técnicos y en arduos



trabajos de investigación, ha llegado a resultados dignos de estimación general.

La mayor parte de los españoles saben tan poco de Hispanoamérica como los hispanoamericanos de España. Durante mucho tiempo cada uno de estos pueblos, por diversas razones, ha vivido encerrado en sus propias preocupaciones dedicando muy escasa atención a los demás. Combatir esta indiferencia y aislamiento es realizar una gran obra en beneficio común.

El concepto de la cultura hispánica es incompleto sin lo hispanoamericano, y el concepto de lo hispanoamericano es inseparable de lo español. Al estudiarnos a nosotros mismos nos encontramos necesariamente los unos con los otros. Componemos entre todos una unidad histórica cuyos caracteres, cualidades y significación son hoy objeto más que nunca de la atención general.

Los pensadores contemporáneos más preocupados con el estudio de los pueblos y con la marcha de la civilización se vuelven cada día con mayor interés hacia la interpretación de actitudes, empresas y obras españolas que habían quedado definidas, y muchas veces censuradas, en los libros y entre las gentes, antes de ser apreciadas y medidas en su verdadero valor.

En esta obra de examen y reconstrucción, nosotros los españoles e hispanoamericanos, los que sentimos fundada nuestra personalidad sobre las bases de la civilización hispánica, debemos poner una colaboración firme, decidida y tenaz.

Guiado por las anteriores consideraciones he dedicado una gran parte de los meses que he pasado en Puerto Rico al estudio de un aspecto de la vida del país y he procurado que los estudiantes que han seguido mis cursos en la Universidad pusiesen también parte de su atención en otros aspectos de este estudio.

Como introducción para trabajos posteriores hemos formado una bibliografía metódica de todo lo que se ha publicado en libros y revistas acerca de la isla y sus habitantes, bajo todos sus aspectos y actividades.<sup>1</sup> Los ma-

<sup>1</sup> Ha servido de núcleo principal para este trabajo la copia de abundantes datos bibliográficos facilitados por los profesores don Antonio S. Pedreira y don Rafael W. Ramírez.

teriales reunidos forman un conjunto de unas 4,000 cédulas que después de la necesaria revisión podrán ser publicadas en un volumen.

Cualquiera que sea el valor de las obras y artículos a que dichas cédulas se refieren, su simple repaso es ya instructivo para darse cuenta de cuáles han sido los asuntos relativos a la isla que más han interesado a propios y extraños, y a qué géneros literarios o científicos se han dedicado principalmente los escritores puertorriqueños.

Así se ve, por ejemplo, que en lo relativo a la agricultura e industria, se destacan por su abundancia las publicaciones sobre el azúcar, el tabaco y el café; en lo que toca a la población, figura como núcleo interesante una considerable serie de estudios sobre el campesino de Puerto Rico; en cuanto a organización social abundan principalmente los trabajos relativos a instrucción pública; en historia, los temas más tratados han sido el descubrimiento, la autonomía, la guerra hispanoamericana y las relaciones políticas con los Estados Unidos; y en literatura, los géneros más cultivados, la poesía y el ensayo.

Todo el que se proponga hablar documentadamente de estas u otras cuestiones en relación con Puerto Rico encontrará una ayuda insustituible en la consulta de esta bibliografía que un grupo de estudiantes puertorriqueños ha formado generosamente para el Departamento de Estudios Hispánicos de su Universidad.

Al lado de la bibliografía especial de Puerto Rico, el Departamento se ha ocupado también de formar una gran bibliografía general de la lengua y literatura españolas. Ha servido de base para esta bibliografía una serie de unos 18.000 títulos, relativos a dichas materias y enviados como regalo a la Universidad por el Centro de Estudios Históricos de Madrid. El profesor Onís y algunos de sus discípulos se han ocupado especialmente de la clasificación de estos materiales.

Una de las personas que han seguido mis cursos, don Gerardo Sellés, ha trabajado en la preparación de un estudio de las instituciones administrativas de Puerto Rico, el



cual ayudará a conocer los pasos por donde se ha ido formando la organización social del país. Otro estudiante, la señorita Margarita Arce, ha hecho un cuidadoso estudio sobre la influencia del inglés en el español de Puerto Rico, con el fin de contribuir en lo posible a la necesaria labor de evitar que se mezclen palabras de ambos idiomas. Otro, don Pedro Conde, ha formado un abundante e interesante índice de todos los nombres de plantas, frutas y animales de la isla, estudiados y descritos técnicamente en publicaciones especiales. Y otro, en fin, don Rubén del Rosario, ha realizado una minuciosa investigación experimental para conocer hasta qué punto el ritmo cuantitativo del español de Puerto Rico coincide o no con el del español de Castilla.

Para hacer este último estudio ha sido utilizado el primer aparato de fonética experimental construido en España. Fué pensado y construido dicho aparato para el laboratorio del Centro de Estudios Históricos de Madrid; pero va a quedar definitivamente en la Universidad de Puerto Rico y se va a construir para el Centro un segundo ejemplar.

Es innecesario aludir al propósito que ha servido de móvil a los trabajos citados. Todos han tendido directamente, como de su mera mención se deduce, a buscar algún punto por donde descubrir algo de lo que pueda haber de peculiar y característico en la manera de ser puertorriqueña, sobre la base de la tradicional herencia española.

Por otra parte, el Departamento de español de la Universidad, acometiendo una empresa de principal importancia para la representación de Puerto Rico en el campo del hispanismo y en la vida universitaria internacional, ha empezado, bajo la dirección del Profesor Onís, la publicación de la Revista de Estudios Hispánicos, cuya aparición ha sido recibida con aplauso en todas partes por las personas más autorizadas.

Entre estas actividades, el tema a que yo he dedicado más especialmente mi propio esfuerzo ha sido el estudio del

lenguaje puertorriqueño en su aspecto popular. El español tal como es hablado en la isla por las personas cultas se diferencia del de España mucho menos de lo que los mismos puertorriqueños creen.

Aparte del seseo o pronunciación de la *z* como *s*, del yeísmo o confusión de la *ll* con la *y*, y de la aspiración de las *eses* finales, que son fenómenos que se dan también en gran parte de España, los pocos detalles del lenguaje corriente en Puerto Rico entre las personas ilustradas, que producen cierta sorpresa al que viene de la Península, se reducen a la frecuencia de la *rr* posterior, uvular, por la *rr* anterior; a la reducción o ensordecimiento de las vocales finales en determinadas circunstancias; a la abundancia de la pronunciación de la *ch* con un sonido diferente del de la *ch* castellana; al uso de vocablos con significación distinta de la que se les da ordinariamente en español, como *pararse* por *plantarse*, *virar* por *dar vuelta*, *botar* por *arrojar*; y al empleo de expresiones poco corrientes en España como *por eso es que lo busco*, *vinó donde mi*, *¿qué tú dices?*, etc.

Tratándose del lenguaje popular, las diferencias son mucho más numerosas e importantes, de tal modo que tan pronto como se les considera desde un punto de vista superior al plano pintoresco de la observación común, sugieren varias preguntas para las cuales no se encuentra contestación inmediata.

¿Cuáles son concretamente los detalles que caracterizan al lenguaje popular de Puerto Rico? ¿Hay en este lenguaje, como suele creerse, más influencia de Andalucía que de otras provincias españolas? ¿Existe una modalidad de habla popular uniforme e idéntica en todo Puerto Rico o hay algunas diferencias perceptibles entre unas partes y otras del país? ¿Coincide, por último, el lenguaje popular de Puerto Rico con el de otros países hispanos y en especial con el de Cuba, Santo Domingo, y Venezuela, u ofrece algún rasgo que sea exclusivamente puertorriqueño? ✓

Cuando pensé empezar el estudio de estas cuestiones, a principios del presente curso, reuní a varias personas significadas para someter a su consideración el plan de mi



trabajo. Este plan consistía, como primer paso, en dedicar todo el tiempo que me dejasen libre los cursos de la Universidad a recorrer cierto número de pueblos, preguntando en cada uno un cuestionario especial a una persona que por su nacimiento, edad, profesión y cultura, representase adecuadamente el término medio del elemento no instruido del pueblo.

La recogida de mis materiales ha durado cinco meses. El primer cuestionario lo llené a fines de octubre pasado, y el último a fines de marzo. Era mi deseo dar cuenta de cómo he realizado este trabajo, antes de regresar a España, y me es muy grato que esto ocurra en la presente ocasión, con lo cual la Institución Cultural de Puerto Rico da una prueba de que viene a ser juntamente tan puertorriqueña y tan española que se inaugura con la presentación de un estudio hecho sobre Puerto Rico por un español, debiendo añadirse además que el principal patrocinador de este estudio ha sido un norteamericano, el Dr. Benner, canciller de la Universidad.

De lo que ahora puedo hablar no es, naturalmente de los resultados totales de este estudio, sino sólo de algunas impresiones relativas principalmente a la labor preliminar de recogida de materiales. La elaboración y publicación del libro que pienso hacer requerirá aún por lo menos un plazo de dos años.

Los datos recogidos constituyen una serie de cuarenta cuadernos que contienen las contestaciones correspondientes a cuarenta pueblos distintos. El cuestionario preguntado en cada pueblo comprende 450 preguntas relativas a pronunciación, morfología, sintaxis y vocabulario. El total de los datos reunidos representa un conjunto de 18.000 contestaciones, o sea 40 contestaciones por cada una de las 450 preguntas del cuestionario.

Durante estos meses he recorrido la isla tantas veces en todas direcciones que se me han hecho familiares sus pueblos, montes y valles; los amplios cañaverales del norte, desde Bayamón hasta Arecibo; los extensos palmares de Loyza y Luquillo, y de Añasco y Mayagüez; las profundas

hondonadas, cubiertas de cafetales y platanales, de Barros, Utuado y Lares; los campos amarillentos de Ponce y Coamo; la llanura de Lajas, gris y despoblada; las magníficas vistas del Asomante, en Aibonito, y de los altos de la Rubia, en Yauco; y las finas y breves viñetas marinas de Quebradillas y Guánica.

En la mayor parte de los casos mi relación con los sujetos estudiados la he hecho a través de las autoridades escolares, a quienes mi visita era previamente anunciada por mi querido amigo el Dr. Osuna. No podré expresar todo mi reconocimiento a los inspectores, directores y profesores escolares que con tan afectuosa cortesía me han ayudado a buscar los sujetos necesarios y me han dado acogida para realizar mis experiencias en sus oficinas y en sus propias casas.

En excursiones extraviadas por los barrios más apartados mi refugio ha sido siempre la escuelita rural, donde un maestro o una maestra inteligentes y amables, no sólo me han facilitado el trato con personas a quienes estudiar, sino comida cocinada en alguna casa vecina y servida sobre las mismas mesitas de la escuela.

Cuando los sujetos tratados a través de estas relaciones no se acomodaban a las circunstancias requeridas había que lanzarse al campo a la ventura en busca de otras personas, y entonces era necesario dejar el automóvil y echarse por caminos de herradura, acercarse a conversar con el campesino que trabajaba en su tala, interpelar de improviso al que se asomaba a su puerta y detener al que se encontraba por el camino.

Algunas veces la busca fué difícil, porque unos sujetos resultaban inaceptables por demasiado jóvenes, otros por demasiado viejos, otros por no ser naturales del lugar que me interesaba estudiar y algunos por tener algún defecto o anomalía de pronunciación.

Mi presentación necesitaba ser rápida y eficaz. El apremio del tiempo me impedía emplear esos rodeos de conversación que, unidos al acto de ofrecer un cigarro, sirven para desvanecer recelos y establecer confianza.



Mi objeto era ir al grano directamente para averiguar la naturaleza, edad, profesión, viajes y residencias del sujeto que tenía delante y saber si podía convenirme o tenía que buscar otro. Una circunstancia que me ha hecho rechazar a muchos ha sido la deformación de la pronunciación por falta de dientes. Comprendo que en estas rápidas indagaciones por los caminos, de sujeto en sujeto, he debido ir dejando detrás de mí en cada uno de estos viajes un denso rastro de confusos y pintorescos comentarios.

Hubiera podido temerse que ante lo extraño de mis preguntas y pretensiones se me hubiera rechazado alguna vez de mala manera. Ni esto me ha ocurrido nunca ni yo he tenido en ningún caso la impresión de que me pudiera ocurrir. Mi experiencia, por consiguiente, no puede confirmar la opinión de que el campesino puertorriqueño sea receloso ni arisco, como otros han dicho.

Solo en una ocasión, ante un grupo de jornaleros que trabajaban en un cañaveral, hubo uno que con palabras muy políticas manifestó su desconfianza en cuanto a dar noticias para un trabajo que podría tener distinta intención de lo que parecía, lo cual hizo que sus compañeros recelasen también, obligándome a echar mano de toda mi experiencia para conseguir que uno de ellos se decidiese a prestarme su concurso.

Lo ordinario ha sido encontrar propicio al sujeto elegido, tan pronto como, explicado de la mejor manera posible el objeto de mi trabajo, le invitaba a decirme los nombres de las figuras contenidas en un álbum que llevaba preparado al efecto. La parte del álbum que más me servía para atraer el interés de los sujetos eran unas láminas de guaraos, múcaros, pitirres y changos, admirablemente dibujados por don Mario Brau. En vista de estas láminas, el sujeto, aparte del deseo de repasar el resto del álbum, se daba cuenta de que las preguntas que yo trataba de hacer se referían a cosas inofensivas y sencillas.

Una vez lograda esta impresión mi nuevo amigo me llevaba a su casa, donde las mujeres, esposa o hijas, entre afectuosas y sorprendidas, me invitaban a entrar y sen-

tarme. Por lo común nos instalábamos en el batey o a la sombra de algún rancho, y empezábamos nuestro trabajo, rodeados por un corro de familiares y vecinos que seguían con curiosidad el paso de las láminas del álbum y acababan por interesarse e intervenir en las contestaciones con gran provecho por mis notas.

Lo importante para mi trabajo en este punto era borrar lo más posible mi presencia situándome entre el grupo en una actitud de sencilla familiaridad. Entre pregunta y pregunta y durante los descansos necesarios, yo he sabido de las familias de mis sujetos, de los hijos presentes y ausentes, de los casados y solteros, de las sequías y las lluvias y de las cosechas y jornales, y ellos han sabido que yo era un español que andaba por el mundo a miles de millas de mi tierra buscando noticias no recogidas y estudiando cosas no estudiadas sobre nuestro idioma común.

Al rato de estar trabajando, la novedad de la materia, mi estimación por las noticias que el sujeto me daba, la intervención que yo procuraba dar de vez en cuando a los que nos rodeaban, los extraños signos de mi escritura observados por los que sabían leer y el esfuerzo de atención que me veían poner en el análisis de ciertos fenómenos, hacían que el acto adquiriese especial interés. Con frecuencia necesitaba establecer cierto orden para que los espectadores no se anticipasen con sus datos a las contestaciones del sujeto que examinaba, y éste se sentía visiblemente satisfecho en su papel de protagonista y en su dominio de unos conocimientos sobre plantas, frutas, aves y herramientas campestres que seguramente crecían a su vista en importancia al ver que merecían ser objeto de tal estudio.

En cualquier ocasión que yo repase las impresiones de estos viajes, lo primero que volverá siempre a mi memoria será la actitud afectuosa, acogedora y cordial de estos hombres dignos y sencillos que, sin conocerme ni haberme visto jamás, me dieron asiento en su casa, se interesaron por mi trabajo y me dedicaron varias horas de atención. En unos sitios me obsequiaron con guineos, en otros con chinas y en otros con café. Al darnos el apretón de manos



de despedida me dijo un sujeto en cierta ocasión que se alegraba mucho de que en España hubiese hombres como yo. Mi satisfacción no fué, naturalmente, por el elogio que se me dirigía, sino por todo lo demás que aquellas breves palabras evocaban.

En otra ocasión, también al tiempo de despedirnos, otro sujeto me manifestó que lo que más le había decidido a prestarse a mi trabajo había sido el saber que yo era español, y al decir esto tal vez mi buen amigo no se daba cuenta de que si yo le había buscado y le había dedicado aquel día había sido también precisamente por eso mismo, por lo que en él había de español.

No puedo menos de mencionar el recuerdo de Juan Rodríguez y Francisco Colón del barrio de Palmarejo, en Coamo. El primero, hombre fino y suave, se prestó, no obstante encontrarse enfermo, a contestar a mis preguntas, hasta que un desvanecimiento le impidió continuar. Le substituyó su convecino Francisco Colón, quien con expresión sobria y golpe certero terminó en poco tiempo el repaso del cuestionario. Venía conmigo ese día un amigo norteamericano, profesor en la Universidad de Puerto Rico. Francisco Colón nos llevó a su rancho de paja, limpio y bien cuidado, y con natural y sencilla distinción, nos presentó a su señora y nos invitó a sentarnos en unos bancos de madera. La señora nos ofreció una taza de café.

El Sr. Colón mostró tener en sus ideas la misma claridad y el mismo dominio de sí mismo que en sus maneras y en su lenguaje. Cuando nos marchamos hizo que un hijo suyo nos acompañase por unos senderos hasta dejarnos en el camino. El profesor norteamericano me manifestó que en aquel solo día creía haber entrado en el conocimiento de Puerto Rico más que en los seis meses que llevaba aquí.

Hay que decir, sin embargo, que la espontaneidad y seguridad de Francisco Colón, en lo que se refiere especialmente al lenguaje, no ha sido, ni mucho menos, un hecho corriente entre los sujetos que he estudiado. Lo corriente, en realidad, ha sido más bien lo contrario, es decir, el deseo de aparecer ante mi examen expresándose en forma más fina y correcta que la suya habitual.

Esta aspiración a lo correcto, que no es sino un fenómeno lingüístico de carácter general, se manifiesta en Puerto Rico con una viveza y sensibilidad superiores a lo ordinario. Toda la isla, desde las poblaciones principales a los barrios más pequeños y apartados, parece preocupada con la idea de hablar bien.

Es este, sin duda, uno de los aspectos en que más al vivo aparecen los resultados de la intensa labor que están realizando las escuelas de Puerto Rico. Las formas del lenguaje culto, difundidas por las escuelas, influyen a través de los jóvenes y de los niños, hasta en las personas mayores que no aprendieron a leer y escribir.

Pero al mismo tiempo, aparte de la influencia que en este fenómeno corresponda al desarrollo de la instrucción pública, se advierte dentro de él, a mi juicio, la exaltación de una tendencia antigua y general en la América Española, de la cual hay testimonios tan elocuentes como la gran abundancia con que figuran en la bibliografía hispánica sobre purismo ortológico y gramatical los escritores hispano-americanos.

Y es asimismo fácil de advertir que lo que hay en el fondo de esta cuestión no es un respeto meramente externo por las reglas académicas del lenguaje, sino algo que obedece más bien como a un propósito de distinción y a una prevención contra lo vulgar que, por lo que se refiere al lenguaje popular de Puerto Rico, se revela claramente en el uso de eufemismos y perífrasis como, por ejemplo, llamar al labrador, *timonero de arado*; al pastor, *mudador de vacas*, y al cavador, *halador de azada*.

Lo más difícil de mi trabajo, con la mayor parte de los sujetos estudiados, ha sido lograr que me hablasen con naturalidad y sin esa actitud defensiva en que parecía que su principal atención estaba en no dejarse coger en descuido. Su primera defensa era reponer y reforzar las *eses* finales, colocándolas muchas veces equivocadamente y cayendo en curiosas ultracorrecciones. Hubo sujeto que, viniese o no a cuento, puso *ese* detrás de todas las palabras, desde el principio al fin del cuestionario.



Otro recurso del mismo carácter ha sido el reponer las *des*, que el habla popular suprime con frecuencia, y de un modo menos general, el querer pronunciar las *elles* y las *wes*. Hasta hubo uno, en un barrio de lo más escondido de la isla, que quiso arriesgarse valientemente a pronunciar la *zeta* a la manera castellana. Pero fuera de estos puntos divulgados por las escuelas, las demás peculiaridades del habla popular, que son precisamente las más interesantes y expresivas, aparecían con espontaneidad y sin alteración.

Los efectos de esta lucha entre lo popular y lo culto han dado lugar a que en multitud de ocasiones mis sujetos vacilasen y se rectificasen cada vez que les hacía repetir una palabra, sin decidirse por una forma determinada. Era un espectáculo interesante, aunque en el fondo doloroso, observar su inseguridad y sus dudas entre variantes como *virne*, *vihne*, *vinge*, *visne* o *vilgen*, o entre *nudo*, *ñudo*, *nuo*, *nu* o *ñu*. Las mismas dudas y rectificaciones ocurrían entre *demen* y *denme*; *traigamos* y *traiguemos*; *chango* y *mazambique*; *papaya* y *lechosa*; *uña* y *pezuña*; etc. A propósito del nombre del chayote un inquieto jíbaro de Utuado me decía que él le llamaba *tayón*, pero que también se usaba *tayote*, y que otros decían que era mejor *chayote*. Era, en fin, como el espectáculo del que camina a tientas, tanteando el terreno y sin saber donde afirmar el pie.

En los sujetos que por ser de temperamento más susceptible o por haber recibido más influencia culta se esforzaban en aparecer más finos, estas dudas eran mayores y más frecuentes que en los menos ilustrados. Las formas populares, espontáneas y antiguas, han perdido su estabilidad, y el modelo moderno, escolar, no se ha hecho aun de dominio común. En el momento actual el rasgo más característico del lenguaje popular de Puerto Rico, que en ciertos puntos se manifiesta también entre las personas cultas, es la indecisión.

Verdad es que esta indecisión, mientras se reduzca a la lucha y competencia entre variantes de una misma palabra o entre palabras del mismo origen, podrá afectar más o menos a ciertas formas de expresión, pero no representa un

peligro para la continuidad y permanencia del idioma. Los sujetos estudiados por mí no sabían inglés ni mostraban influencia alguna de esta lengua, aparte de llamar *míster* al maestro, *truck* al camión, y pocos casos más.

En lo que se refiere a la naturaleza misma de las peculiaridades del habla popular recogidas en mis viajes, sería en vano intentar ahora hacer una síntesis de mis observaciones. Mi impresión general es que el lenguaje puertorriqueño, estudiado en los campesinos analfabetos de la generación que se halla ahora entre los cuarenta y cincuenta años, que son los que yo he tomado como base de mi trabajo, ofrece una coincidencia mucho mayor de lo que ordinariamente se piensa con los rasgos populares del español peninsular.

No quiere esto decir que el habla popular puertorriqueña sea idéntica al castellano popular, ni al andaluz, ni al extremeño, ni a ninguna otra modalidad de una determinada región española. Sus caracteres son netamente españoles, pero no proceden de una sola zona lingüística de España. Predominan los rasgos coincidentes con el andaluz, pero aparecen otros rasgos que se enlazan más propiamente, por lo que hasta ahora he podido ver, con modalidades dialectales del occidente de la Península. Quedan el sonido de la *rr* posterior, que no se explica fácilmente por influencia francesa, y algunos otros puntos especiales, cuya procedencia no se puede aventurar sin un detenido estudio.

Dentro de Puerto Rico el habla popular no es enteramente uniforme. Hay numerosos hechos que, no obstante la uniformidad general del conjunto, acusan con insistencia diferencias perceptibles entre unas y otras partes del país. Estas diferencias no responden a la localización que ordinariamente se señala a las colonias peninsulares y extranjeras de que aun quedan restos en la isla. Ni responden a dicha localización ni se refieren a fenómenos que puedan tener ese origen.

En los campesinos que estudié en Yauco no se advertía influencia corsa. En Arroyo, cuya mezcla extranjera se



me había ponderado, tampoco noté en este sentido ninguna influencia especial. En Vieques, adonde fuí bajo la impresión de que había de encontrar variantes extrañas, observé una semejanza casi perfecta con los pueblos de la costa oriental de Puerto Rico. Las vagas noticias que las gentes suelen tener de estos asuntos hacen suponer diferencias donde no existen, desconociendo, en cambio, las que realmente ocurren en otras partes.

Las diferencias que de mis datos se deducen aparecen principalmente entre el oeste y el este de la isla. La línea divisoria que resulta entre ambas zonas, dentro de un margen de desviaciones y discrepancias, cuyos detalles expondré en su lugar, se inclina diagonalmente del noroeste al sureste. No se trata, por supuesto, de diferencias tan numerosas ni profundas que se pueda decir que existan en Puerto Rico dos dialectos distintos, en el sentido que ordinariamente se da a la palabra dialecto. Se trata, sin embargo, de un cierto número de rasgos lingüísticos suficientes para plantear un interesante problema geográfico-histórico en el español de Puerto Rico. El haber podido atestiguar estos hechos, aunque no obtuviera otros resultados, bastaría como recompensa de mi trabajo. Estos hechos no pueden ser otra cosa que el rastro o sello de antiguas influencias y circunstancias sociales penetradas con la más íntima historia del país. Lo que más aviva ahora mi interés es el deseo de averiguar las causas de estas finas huellas históricas que el estudio lingüístico descubre en la tradición local puertorriqueña.

Me satisface además poder dar a conocer de una manera escrupulosamente documentada, la existencia de problemas de esta especie en el lenguaje hispanoamericano, aun considerado en una porción tan pequeña como la que corresponde a Puerto Rico. Cabía pensar que en estos países jóvenes y de población heterogénea, porque heterogeneidad es hasta la misma diversidad regional de las gentes de procedencia española, los rasgos del habla popular no hubieran llegado a definirse ni a posarse lo bastante para constituir sobre el terreno zonas y límites de geografía lingüística.

Apoyaba dicha idea la falta de información sobre estas materias entre la bibliografía filológica hispanoamericana y sobre todo el ejemplo de la extraordinaria lentitud con que los procesos de esta especie se desarrollan en la historia del lenguaje. Es de esperar que el estudio de Puerto Rico, como primera muestra de los frutos que en este sentido pueden ya cosecharse sobre el campo hispanoamericano sirva de estímulo para emprender trabajos análogos sobre otros países de este continente.

El estudio del vocabulario ofrece en Puerto Rico mucha más riqueza y variedad que el de la pronunciación o el de cualquier otro aspecto del lenguaje. Por supuesto, la masa fundamental del léxico corriente es la misma que sirve de base al español en todas partes donde esta lengua se habla. Las diferencias ocurren en nombres de plantas, frutas, animales, etc. Tengo la impresión de que en este punto el lenguaje popular de Puerto Rico posee una riqueza y abundancia superior a lo común.

Llama particularmente la atención la variedad de nombres que se aplican a ciertos objetos frente a la uniformidad con que se denominan otros. Al lirio silvestre, por ejemplo, se le llama *amapola* en toda la isla, mientras que a la flor roja, casera, que los botánicos llaman *hibiscus*, se le dan, según los lugares, los nombres de *pavona*, *candelaria*, *lira*, *tulipa*, *campana*, *coqueta*, *araña*, *cayena*, *flor jibara*, *adelaila*, *pistiliana* y *candelá*. A la ligadura de alambre del cabo del machete se le llama uniformemente *empatadura*, y en cambio a la vuelta en que termina el mismo cabo en unas partes se le denomina *barba* y en otras *perilla*, *quijada* y *nariz*. Al *cucubano* se le da casi sin vacilación este nombre en todas partes, en tanto que al gusanito de luz, mas pequeño que el *cucubano*, unos le llaman *cucuyo* y otros *aguaviva*, *animita*, *lucía*, *lima*, *lucena*, *cucubanito*, *lanteja*, *linterna* y *lancherna*.

En casos como estos, que en Puerto Rico son abundantes, el interés de la investigación es atraído de una parte por la poderosa inventiva de la imaginación popular que al rededor de una simple flor, de una herramienta vulgar o de un



pequeño insecto ha creado tan pintoresca variedad de denominaciones; de otra parte por el fundamento que pueda haber habido en la naturaleza, carácter y cualidades de los objetos mismos para que a unos todas las gentes estén conformes en darles un solo nombre y a otros, por el contrario, se les den tantos y tan distintos; y de otra parte, en fin, por los motivos históricos que han dado lugar a la especial localización geográfica de cada uno de esos nombres.

He aquí, expuestos brevemente, los dos hechos que trataba de presentar en esta ocasión como muestra de las cuestiones que el estudio del lenguaje popular de Puerto Rico plantea. División del país en dos zonas de modalidad diferente, por causas antiguas que es necesario averiguar. Variedad, contraste y también distribución geográfica del vocabulario por motivos igualmente desconocidos. Y todo esto, sobre un fondo de inestabilidad e incertidumbre característico de un momento de aguda transición.

La parte de mi cuestionario relativa al estudio del léxico no podía ser completa. Constaba de unas 200 preguntas que sólo representan una pequeña parte de la materia. Mi trabajo necesitaba repartirse entre asuntos distintos, y el tiempo calculado para efectuar mis viajes no cabía prolongarlo. Por los campos que he recorrido han quedado materiales valiosos a los cuales, necesariamente, yo he tenido que renunciar.

Para hacer un vocabulario completo del lenguaje popular de Puerto Rico, describiendo objetos, presentando figuras, señalando diferencias, localizando variantes y apurando asuntos, hay ya trabajos fundamentales sobre otros países, que deben tenerse por modelo. Deseo que esta idea que he procurado sembrar entre mis alumnos, como una de las más importantes para la continuación del estudio lingüístico de Puerto Rico, encuentre quien la desarrolle y realice.

Para que este trabajo llegase a tiempo de recoger una buena cosecha habría que efectuarlo sin tardanza. La lengua popular va perdiendo terreno diariamente, no sólo por el progreso de las escuelas sino también en alto grado por el desarrollo de las comunicaciones, que en Puerto

Rico ofrecen ya comodidades extraordinarias. Aun es fácil encontrar en la isla, entre los campesinos de la generación que yo he estudiado, personas que no saben leer ni escribir y que apenas han salido del pueblo en que nacieron, lo cual explica que hayan podido conservarse hasta ahora esas diferencias locales de pronunciación y esa variedad de denominaciones de un mismo objeto que forman como mosaicos lingüísticos sobre la extensión del país. ✓

Muchos de mis sujetos me manifestaron que no habían estado nunca en San Juan. Uno, no muy lejos de aquí, me decía con cierta desesperanza: "No lo he visto aún, y como no avance me quedo sin verlo." El que traté en Patillas había estado en Arroyo y Guayama, pero no había llegado a Cayey. El de Aguada no conocía Arecibo. El de Maunabo había viajado tan poco que ni siquiera había estado en Patillas ni en Yabucoa. Y sin embargo, en estos mismos sujetos los rasgos fonéticos antiguos y los nombres populares aprendidos de niños se ven ya vivamente combatidos y acosados por la influencia de la lengua culta.

Después de dos o tres generaciones más la enseñanza de las escuelas habrá uniformado el lenguaje de la isla ajustándolo rigurosamente a las normas de la Gramática y del Diccionario de la Academia Española. A la *manzana de la rueda* se le llamara cubo; al *muñeco del carro*, tentemozo; a la *trinitaria*, buganvilia; al *múcaro*, mochuelo; a la *animita*, luciérnaga, y al *zumbador*, colibrí. Y se borrará todo rastro de esa sutil geografía de sonidos y palabras sobre la cual aun es posible recoger una íntima parte de la tradición puertorriqueña.

De aquí no se deduce que esto sea un mal ni que haya que detener el desarrollo de la instrucción y de las comunicaciones en beneficio de los estudios filológicos. Lo más a que la filología aspira es a disponer de los medios necesarios para seguir la marcha del tiempo. Nada de oponerse a su paso. No puede ser un mal que en Puerto Rico se hable un español cada vez más uniforme y correcto como de hecho ha de ocurrir si los acontecimientos siguen la marcha que ahora llevan.



El mal puede venir por otros caminos. Para la vida del lenguaje no todo está en la corrección. La sustitución de un nombre puertorriqueño por un termino académico, que acaso fuera de aquí, como ocurre con la luciérnaga y el mochuelo y tantos otros, significa algo distinto de lo que aquí representa, es siempre un asunto delicado y peligroso; pero aun esto no es tan delicado ni peligroso como, en lugar del termino puertorriqueño o académico, emplear una palabra inglesa.

La falta de ejercicio del español en las actividades técnicas y científicas y en la adquisición de los conocimientos profesionales puede dar lugar a que esta lengua se debilite y empobrezca hasta el punto de que el médico, el ingeniero, el mecánico, el periodista, el comerciante o el agricultor, al hablar de cuestiones relativas a su profesión, a sus máquinas, a su trabajo, o a sus productos, tengan que servirse de términos ingleses por desconocer las respectivas palabras españolas. El empobrecimiento de los medios expresivos del idioma es un daño mucho más grave que el vulgarismo o la incorrección gramatical.

Se necesita ejecutar conjunta y simultáneamente dos acciones distintas: poner en circulación el nuevo caudal que el idioma va creando para responder a las necesidades modernas, y al mismo tiempo recoger amorosamente esos restos lingüísticos de tiempos y gentes que van desapareciendo, como se recogen en los museos las armas, muebles, monedas y demás objetos que nos instruyen sobre el pasado de donde venimos y de cuya comprensión y estimación tanto dependen el presente y el porvenir.

Con el estudio de lo puertorriqueño se contribuye al conocimiento general de lo español. Las peculiaridades del habla popular de la isla necesitan ser consideradas en relación con las de los demás países hispánicos y sobre todo con las de aquellas regiones de España y América que hayan tenido más trato con Puerto Rico. Mi viaje a Venezuela, a fines del año pasado, me proporcionó datos de singular interés para la interpretación de ciertos puntos del lenguaje puertorriqueño. Por esto mismo me propongo, antes de

regresar a España, pasar algunos días en Santo Domingo, con el cual, así como con Venezuela, ha tenido Puerto Rico principal relación.

Después, en Madrid, instalado de nuevo en el Centro de Estudios Históricos, el estudio de Puerto Rico seguirá siendo por largo tiempo el tema principal de mi trabajo. La intensidad con que he sentido el ambiente de la isla me ayudará a mantener la viveza de su recuerdo. Mi atención no será ya nunca indiferente a nada de lo que a Puerto Rico se refiera. Sentiré especial interés por conocer la solución que el tiempo vaya dando a esa íntima indecisión e inquietud de mis buenos amigos, los humildes campesinos puertorriqueños, cuyos esquemas lingüísticos llevo en mis cuadernos. Con la publicación de mi trabajo, cualquiera que sea su valor, trataré de corresponder en parte a la gran cordialidad y simpatía con que aquí todos me han tratado.

T. NAVARRO TOMÁS

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS,  
MADRID